

VIII.

Lo primero que dijo René á su primo, cuando le encontró, fué:

—He vuelto á ver á Noris.

Raimundo sintió una corazonada. Chantenay sabía bien lo que hacía, y puesto que se burlaban de él, él se burlaría de los demás. Estaba seguro de que Ferdys amaba á la señorita Feraud, y de que Noris experimentaba una afección profunda hacia Raimundo. Pues bien: le agradaba hacer sufrir al que le hacía sufrir.

—¿Qué es lo que querías decir á la señorita Feraud? Me habría encargado de la comisión,—dijo Raimundo.

—No lo dudo; pero hay comisiones, como tú dices, que no son realmente bien desempeñadas más que por uno mismo.

—Me pregunto qué puede haber de común entre la señorita Feraud y tú.

—Nada. Arreglo de antiguas cuentas.

Ferdys experimentaba imperiosos deseos de exigir de Chantenay explicaciones un poco más claras. ¿Para qué? ¿Tenía derecho? ¿Podía comprometer así á Noris? ¿No podía René presentarse como él en la calle Jouffroy? ¡El señor de Chantenay, puesto que se trataba de derechos, tenía más que él sobre aquella bella joven, á la que Raimundo, decididamente, amaba como un loco!...

¡He aquí que Raimundo estaba celoso! ¡Y celoso de René! Aquellos dos jóvenes se adivinaban á cara descubierta, y el uno y el otro sentían también engrandecer su pasión por aquella rivalidad instantánea. Pasión rejuvenecida en Chantenay, despertar ardiente de un amor adormecido, deseo estragado, donde la vanidad abofeteada figuraba tanto como aquel deseo mismo; en Raimundo un amor sin límites, no confesado por los labios, pero pregonado, descubierto por todas las palabras, todas las miradas, amor loco, ocultando á Ferdys todo lo que le rodeaba, dejándole el espíritu vacío para todo otro pensamiento, ocupándole entero, devorándole con el fuego sombrío de las melancolías, de las tristezas, de todo lo que es el amor bravío, violento y sordo de los tímidos.

¡Ah! ¿René había vuelto á ver á aquella Noris? ¡Había osado verla! ¿Cómo no le había ella escupido su desprecio al rostro? Ahora Raimundo no osaba tampoco ir á la calle Jouffroy, por temor de encontrar una Noris transformada, entregada acaso á la pasión de los días pasados. ¡Son tan extrañas las mujeres!

Y Ferdys, descontento, pensaba en volver á embarcarse, en huir. En el ministerio, por otra parte, los disgustos le agobiaban. Le cansaban to-

das las rutinas, las peticiones, las solicitudes y las bajezas. Soñaba con su Almirante proyectos grandiosos, estudiados largo tiempo: colonizaciones, descubrimientos de tierras desconocidas á la sombra de un lienzo tricolor, extendiendo á lo lejos la querida bandera de nuestra Francia.

El almirante Pradier de Resnel volvía lastimado de la Cámara: ¡no se le comprendía! Los diputados, abogados de provincia acostumbrados á litigar sobre el muro medianero, mediquillos de cantón conocedores mejor del manejo de las sanguijuelas que del de los negocios, abrían grandes ojos y permanecían con la boca abierta cuando el Ministro, aquel soldado, hablaba del deber, del engrandecimiento lejano, de la influencia francesa....

—Es necesario tomar nuestro partido, mi querido Ferdys. Todos nuestros trabajos quedarán aquí en el archivo. Hemos hecho la obra para los ratones, los gusanos y los archiveros.

—Pero, mi Almirante, ¿si les dijérais que se trata de la patria, que hay deberes que cumplir, franceses á quienes socorrer?... ¡Qué diablo!....

—Nos responderían que sus electores no les han encargado eso, y que no serían reelegidos si arriesgasen una aventura. Por otra parte, yo he dicho todo eso, pero no lo entienden.

—Entonces, ¿qué hacer?

—Salir á bordo, é ir á reventar al diablo.

Aquella herida de oficial resuelto, unida á la tristeza que sentía cuando pensaba en Noris, enervaba á Raimundo. Se volvía irritable y violento, y ni aun llegaba á hablar á su padre después de aquel encuentro en los Campos Elfseos, que era un

enojo añadido á sus disgustos. Pero la nerviosidad de Raimundo no tenía más que una causa real: Noris.

Se asustaba él mismo del profundo cambio que se operaba en sus ideas, en sus maneras de ver y de sentir. Su puritanismo se convertía en una especie de misantropía de negro pesimismo. Después de todo, era muy tonto al pensar en sacrificios, en cariños, cuando había en el mundo goces y seducciones. Y la primera de aquellas seducciones era Noris. ¿Pero por qué había René vuelto á ver á aquella mujer?

Raimundo no imaginaba el combate que se libraba en el corazón del Príncipe. Descontento como Raimundo, Chantenay se admiraba de que, por la primera vez, su capricho no fuese ley para todo el mundo. ¡Admirable, admirable aquella Noris! Volvía, dignábase presentarse ante ella, confesar su arrepentimiento, ¿y ella no le abrazaba de gozo? Hubo un tiempo en que René hubiese estallado de risa. Pero no, no podía. Se sentía humillado y asediado de deseos. ¡Se burlaba de lo que Noris podía pensar de él!.... Si ella hubiese consentido en recibirle como antiguamente, él la hubiese tolerado de buen grado ser todo lo insolente que quisiera, con tal de que su insolencia terminase en un beso. Pero no había sido así. Le habían salido uñas á la pequeña Feraud. ¡Y esto era precisamente lo que le encolerizaba, le excitaba! Absolutamente como Raimundo, René no pensaba más que en Noris. Lo demás le aburría, le aburría profundamente.

La señora de Montepreux le parecía áspera. ¡Linda á las mil maravillas, evidentemente! ¡Una

encarnación incomparable! Y aun agradable alguna vez. ¡Cuando pensaba seriamente que había soñado en casarse! ¿Se casaría? ¿No se casaría? La Princesa, su madre, le repetía alguna vez, cuando iba á besarle la punta de los dedos, y no la encontraba completamente dominada por la morfina: «Pero, René, ¿y el casamiento?» ¡El casamiento! ¡Bah! Tiempo había por delante. ¿Y por qué casarse con Jacoba y no con aquella hija de banqueros israelitas, la señorita Ahrenfeld, de la que le había hablado la señora de Chantenay? ¡Cuanto más se acordaba, más pasadera encontraba á la judía! ¿Y por qué aquélla, mejor que la otra? ¿Por qué no ninguna?

—¡Tengo tiempo de casarme! ¡Quiero casarme con una mujer que me diga algo!.... Y por el momento....

Por el momento, sólo Noris decía algo al príncipe Beaumartel. Sería el marco, como ella decía. ¡El fruto prohibido, la apuesta, la atracción de lo imposible! Sí; esto era todo sin duda. Pero este era el hecho: jamás René se había sentido insultado y despreciado de tal modo. Y de no casarse con Noris, no veía con quién se casaría ciertamente por cariño.

¡Casarse con Noris! La primera vez que una idea semejante, absurda, extravagante, había pasado por su imaginación, *Flor-de-Chic* había reído á carcajadas. ¡Qué chiste! Se acordaba de cómo se había divertido con Labrignac, que se había casado con Cecilia Chalbosse, de los Bufos. Parecía, por lo demás, que León Labrignac era dichoso en Florencia, en Nápoles, no se sabía dónde. ¡Labrignac habría podido perfectamente ser dichoso en París!

Y puesto que Cecilia Chalbosse le agradaba, hubiese sido muy necio, por cualquier broma del club, en no hacer su gusto. Y Noris era otra mujer como la señora Chalbosse.

Pero pensaba demasiado en Noris.

Jacoba de Montepreux no encontraba en su amante, preocupado por aquella recrudescencia de amor, las franquezas de otro tiempo, y notaba cuán cuidadosamente evitaba hablar de aquel casamiento, que debía atenuar á sus propios ojos su debilidad. Con la Condesa, y desde la aventura del Circo, el Príncipe se había vuelto áspero, casi brutal algunas veces. La última *soirée* de placer para la linda rubia, había sido aquella comida en la terraza de los *Embajadores*. Después, Chantenay pretextaba que tenía ocupaciones, deberes, jaquecas, y no salió más con ella.

—Hasta las próximas carreras, tengo mucho que hacer,—decía.

¿Qué?

Nada, como de costumbre. Aquellas supuestas ocupaciones no eran más que un pretexto, no otra cosa.

Entonces la Condesa hizo que le siguiesen. Supo que había ido á casa de Noris, que había vuelto y que, no habiéndole recibido, se las había compuesto para encontrarse con ella en el Bosque, en el teatro, y que había rogado asimismo á su tío Ferdys que le invitase con Margarita Brunier á una comida donde se encontraría con Noris. Pero habiendo sido advertida la señorita Feraud de que el príncipe René estaría en la fiesta, no había ido. Evidentemente las noticias que obtenía la señora de Montepreux no dejaban duda alguna sobre Noris. Huía de

Chantenay. Pero Chantenay volvía enamorado ciertamente. El empeño que ponía en volverla á ver, lo probaba, por lo demás. Y, mujer, conociendo las astucias de la mujer, la señora de Montepreux se preguntaba si la señorita Feraud no cerraba su puerta sencillamente para poner al príncipe de Chantenay en el caso de sitiarse con más ardor.

La Condesa se dió, una tarde, el placer má-lévolo de irritar á René en su vanidad herida.

—¡Y bien, mi querido Príncipe (le dijo); debéis ser muy afortunado en el juego, de poco tiempo á esta parte!

—¿Por qué?

—¡Porque, excepto conmingo, no sois muy dichoso en amor!

—No comprendo del todo.

—¡La señorita Noris!

—¡Y qué! ¿La señorita Noris?

—Severa con vos, á lo que parece.

—La señorita Noris no tiene que ser severa....

—Con el señor de Ferdys, no; pero, os lo repito, con vos, sí, mi pobre René.

—No sé (dijo Chantenay, bastante nerviosamente) lo que el señor de Ferdys tenga que hacer aquí....

—¡Cómo! ¿Lo que tiene que hacer? Parece que ama á Noris. Está en su derecho. No tiene querida. No ha dado palabra de casamiento á nadie. Y amando á la señorita Feraud, se lo dice. Se asegura asimismo que á ella le agrada oírsele decir.

El Príncipe tenía aire descontento y de disgusto.

—Mi querida Jacoba (dijo): me haréis el favor de reservar esas confidencias para vos. ¡Los hechos y los dichos de Ferdys no os importan!

—Es verdad; pero los vuestros me interesan; y la señorita Noris os tiene un poco trastornado el cerebro. ¡Á fe mía, que, cuando os hablo de ella y de vuestro primo, tomáis un aire tan chusco, que me probáis absolutamente que estáis celoso! Pues bien: ¡no tenéis habilidad para representar los *Othelo!* ¡Sois demasiado rubio! Y después, veamos: René, ¿es que no os basta ser amado por mí? Porque yo te amo, yo te amo con todas mis fuerzas; ¡te amo! ¡te amo! Y tú...., ¿me amas?

—¡Sí, sí, sí, sí!—respondió René, en un tono excitado, que era para la señora de Montepreux como una herida.

Ya no le quedaba ninguna duda. Al volver á ver á Noris, René había recobrado enteramente el amor de otro tiempo. ¿Qué tenía, pues, aquella joven? Ciertamente, Jacoba la encontraba linda, muy linda, bella, y peor aún, con su belleza altanera. Pero ¿no era ella más bonita con su blancura, sus cabellos rubios extendidos libremente sobre sus hombros de estatua?

La Condesa estaba tentada de hacer cualquier locura, de ir á buscar á Noris, de preguntarle con qué derecho le disputaba aquel hombre.

Después se detenía, burlándose ella misma de aquella idea absurda.

—¡No faltaría más que esto! ¡Pedir también que me cediese su amante, como la he rogado que me prestase modelos de trajes! Y yo soy muy loca, después de todo. Que René crea amarla, ¡qué me importa! ¡Ella no le ama! Ama á Ferdys. Tanto peor para René. Que vaya á hacerse dar con la puerta en las narices á la calle Jouffroy. Volverá: soy también bastante bella para esto.

Había cometido la torpeza de hablar de Ferdys al príncipe de Chantenay. Era tocarle al impertinente el punto sensible: la vanidad. Sí, también él lo sabía; Ferdys, después de una semana de duda y de tristeza, había reaparecido en la calle Jouffroy. Los días pasaban, y en todos ellos se presentaba el joven oficial en casa de Noris, y Noris sin duda le esperaba.

Esperaba á Raimundo, aquel ser frío, reservado, encerrado en su abrigo como en su levita de uniforme, con el bigote afeitado, moreno, tímido, casi torpe, sin elegancia, sin seducción, sin *chic*. ¡Aquella idea estremecía al príncipe Beaumartel de Chantenay, que se entregaba á toda clase de ejercicios, de esgrima y equitación, para llegar á aturdirse, á olvidar, y no lo conseguía más que aquel soñador solitario de Ferdys!

Raimundo no resistía más, por otra parte, y al absorberle por entero el pensamiento de Noris, hubiese querido enteramente dedicarse á ella. ¡Era bien tonto en privarse del placer de verla, hablarla, beber un poco más de amor en su sonrisa, impregnarse en un apretón de manos! Dentro de algunos meses no estaría ya en París. ¿Dónde estaría? Pues bien: para las largas quimeras de expediciones lejanas, iba á hacer acopio de seducciones, de sonrisas, de queridos recuerdos.

No le decía nada de aquellas tristezas sombrías, de aquellos disgustos que se apoderaban de él, y que, en su carácter melancólico y nervioso, era una forma de la pasión que sentía: no le decía que la amaba; pero todo en él, la voz, la mirada, la mano, se lo declaraban á Noris.

Una vez deslizó Noris en su conversación las

siguientes frases en que se manifestaba dichosa por adivinar un afecto leal, que tan bien respondía á su lealtad.

—¡Ah! ¡Si se supiera cuán útil puede ser la amistad de una mujer, sólo se tendrían amigas!

Y Raimundo se aventuró á responder:

—Pero la amistad no equivale al amor.

—Cierto, porque vale cien veces más.

Noris experimentaba una especie de tranquilidad, de contento y de purificación, sabiendo que era amada por aquel hombre que no la hablaba de amor. ¡Se había profanado tanto la palabra sublime *amor*! El otro se la había deslizado tan pérfidamente al oído como un veneno que le llegaba al corazón, que la amistad de Raimundo, un amor disfrazado de amistad, le bastaba. Y la joven, que parecía otra mujer á René, lo era efectivamente para Ferdys la que no quería siquiera recibir este nombre que el pobre soñador dormido en el cementerio Montmartre le había dado, como marca de lo novelesco, estigma de lo quimérico, signo de la locura y de la credulidad que ella debía expiar. Quería que la llamase Susana, como su madre se había llamado, y, semejante á Marieta volviendo á ser María, Noris no se juzgaba la mujer caída cuando Raimundo le decía:

—«Pues bien: os llamaré Susana.... Yo también lo prefiero.»

Nadie le había dado este nombre, fuera de sus queridos muertos, y cuando era muy pequeña.

¡Susana! Esto era un regreso á la primavera de su vida, en que volvían á florecer todas sus virgindades. Para Raimundo era Susana amiga tierna y casto ideal de aquel joven con corazón de hé-

roe. ¿Qué le importaba ser Noris para los demás?

Su alegría al ver á aquel hombre tan diferente de los otros, y que, adorándola, la respetaba, aumentaba de día en día. Era para ella como un objetivo de su vida, como un consejo vivo, como un asilo contra la tormenta. Desde la reaparición del príncipe de Chantenay, en su vida experimentaba una tentación violenta, una necesidad de represalias, una de las rebeldías como la que cinco años antes, buscando febrilmente por los kioscos *El Betún* y *El Reporter*, le había hecho declarar la guerra á una sociedad que no había sabido alimentarla ni defenderla, y que no sabría vengarla. ¡Ah! ¡Volvía el *príncipe azul*, aquel baratero de amor, aquel escéptico frío, aquel diplomático mezclado de *jockey*!.... Y volvía enamorado, suplicante, cobarde en el deseo, como había sido implacable en el desdén; volvía en demanda, no de amor, sino de la satisfacción de una vanidad y de un apetito, y ella, teniéndole al alcance de su mano, no tenía más que sacar las uñas y desgarrar sus carnes. ¿Vacilaría aún?

Noris había sufrido en su fe, en su candor, en su credulidad burlada; él estaba atenazado por sus deseos que renacían y su orgullo de seductor desdeñado. No logrando ser recibido, la escribía, según su promesa, y en sus cartas se mostraba no menos rastrero y suplicante. ¿Amaría acaso de veras á la que en otros tiempos había desdeñado?... Tanto mejor. ¡Aún creía estarle viendo en pie delante de ella, y limpiando su monóculo mientras que la joven lloraba! Si él padecía ahora, justo era que pagase las lágrimas que había hecho verter.

Pero Noris estaba tentada de alcanzar un des-

quite más completo: comprendía por las cartas del Príncipe que podría exigir todo, soñarlo todo, porque el Príncipe, loco de amor, todo se lo concedería. Una noche le había encontrado en el Gimnasio, y saludándola en uno de los pasillos, le había dicho apasionado y furioso, como un niño cuyos caprichos no han sido contrariados nunca:

—¿Sabéis que si otra mujer me tratase como vos, sería capaz de matarla?

Ella se había reído.

—Veo que sois vos quien pronuncia ahora frases novelescas, y es extraño.... No, Príncipe; no mataréis á nadie, porque sois incapaz de amar tanto, aunque sea en dos veces y con un intervalo de cinco años. Buenas noches, querido Chantenay.

Noris ponía de su parte cuanto le era posible para exasperarle, y después de todas las humillaciones, la locura del Príncipe iba en aumento. La señora de Montepreux tenía razón: si aquella conducta fuera hija de un cálculo, no podía haber salido mejor; pero Noris, comprendiendo que podía disponer del Príncipe á su antojo, se inclinaba al afecto de Raimundo, para no utilizar cruelmente la ocasión que le entregaba á Chantenay.

Raimundo era para ella como el recuerdo de su conciencia, y cuando se encontraba junto á él, olvidando el pasado, el presente y al Gran Duque, Susana no trataba de vengar á Noris.

Hablaba con Ferdys una tarde en la Biblioteca, donde solía encerrarse con sus recuerdos, y en la que sólo Raimundo entraba, mirando por detrás de los cristales las ricas encuadernaciones, y entre las dos ventanas de vidrios multicolores que daban á aquel rincón del palacio mundano algo como el